

timiento estético y la inteligencia: vienen á ser pues esas combinaciones algo así como "las cajas matemáticas" del pedagogo Federico Fröbel. Allí también servía de oráculo á todos los maestros que le debían su carrera y a cuantas personas tomaban interés por la instrucción primaria, aconsejando á todos lo que deberían hacer á ese respecto y resolviendo las consultas epistolares sobre el ramo escolar, que de continuo se le hacían. Allí, por último, iban á llevarle los Maestros, en 8 de diciembre de 1856, un homenaje de su agradecimiento, con el diploma que le expedían de socio honorario de la "Academia jalisciense de instrucción primaria."

La enfermedad de que adolecía fué haciendo progresos desde que presentó su renuncia de Inspector: horribles pesadillas iban á turbar su sueño y le hacían prorrumpir en desesperados gritos, á los que acudía su ama de llaves y le despertaba, sacándole de aquel verdadero martirio. Era tal la situación delicada de su naturaleza, que un simple catarro era para él una enfermedad penosa, que le hacía sufrir dos ó tres meses. Cuando solía tener un breve alivio se aventuraba á dar un ligero paseo vespertino, en compañía regularmente de los Sres. Lics. Don Dionisio Rodríguez y Don Juan Gutiérrez Mallén, sus íntimos amigos, y por lo común esos paseos se dirigían hacia la Penitenciaría, edificio que entonces se hallaba en construcción. Había recibido también, como el mayor de los consuelos, la licencia que le otorgó el Delegado Pontificio Monseñor Clementi, para que pudiera erigir en su casa un oratorio.

Desde antes que, como verdadero sabio, no huyera de la vida sino que se apartara de ella, según la máxima del Filósofo romano, tenía hechos sus aprestos para el eterno viaje, penetrado como estaba de que nadie sabe cual será el día y la hora de la partida: en 2 de julio de 1849 hizo su primer testamento, el cual anuló en 29 de enero de 1854 haciendo extender otro nuevo, por el que constituía por sus universales herederos á los pobres, disponiendo á sus albaceas, los Sres. mencionados en el párrafo anterior, que repartieran los bienes

que dejara, en limosnas ú otros objetos de beneficencia y que su cuerpo se sepultara á discreción de sus albaceas, pero humildemente, sin emprender gastos que significaran lujo ó vanidad. A mayor abundamiento ratificó esa su voluntad en codicilo de 12 de enero de 1861, sin otra alteración que la de anular—á causa del desmérito que habían sufrido sus bienes,—un legado en favor de unas sus parientes maternas. (51)

Ya que se aproxima la hora de ver terminarse tan preciosa vida, debemos ceder la palabra para que nos refiera ese duro trance, á un testigo ocular, quien á raíz de manifestar que había llegado á ser tal el aislamiento del enfermo que muchos de sus convecinos lo creían ya muerto, escribe así: "No teniendo más compañía que sus dolencias, porque carecía de familia, ni más expectativa que la muerte, facilmente se comprende la fortaleza que era necesaria para soportar semejante vida. Los pocos amigos que lo visitaban salían edificados de su compañía, al ver su paciencia; y solía decir que Dios le había puesto en aquel estado para contemplar, con espacio, toda la fealdad de su vida pasada. La enfermedad hacía progresos, y para colmo de sus males perdió el uso del oído, lo que le quitó aún el inocente placer de la conversación, único que le quedaba. Inventaba ocupaciones para llenar el terrible vacío en que se encontraba; pero siempre con tendencias útiles;" cuatro meses antes de su muerte mandó imprimir un juego de lotería, para que los niños se ejercitaran en el cálculo. Después de haber quemado algunos objetos de aprecio, que conservaba en recuerdo de sus padres "ya no pensó sino en disponerse para morir cristianamente. Nosotros le vimos recibir el Viático de los moribundos y en nuestro interior decíamos con el Abate Gerbert: "Si esa boca, cerrada por el recogimiento, se abriera derrepente, cantaría como suspira un angel y gemiría como canta un mortal. También le vimos exhalar el último suspiro, y dijimos: "¡dichosos los que mueren así!" (52) Era entonces la hora de las seis de la mañana del 27 de octubre de 1861. (53)

“Nadie se regocijó de la noticia de su muerte; nadie le olvidó en seguida,” decía Tácito demostrando el sentimiento que la pérdida de Agrícola había causado en el pueblo romano. Nosotros tenemos pruebas más ingentes que esas, del amor y del agradecimiento que se le tuvieron y se le tienen á nuestro pacífico héroe: en aquel cortejo de cerca de tres mil personas que acompañó, al cementerio de Belén, su cadáver; en aquellas sentidas expresiones que allí resonaron, interpretando el dolor de la Junta Directora de Estudios, de los patriotas del “Club Herrera y Cairo,” de la Academia de Instrucción Primaria,” de los alumnos de las escuelas municipales y particulares y de sus directores; el dolor, en fin, de la sociedad entera que espontáneamente acudió, encabezada por comisiones del Congreso del Estado y del Ayuntamiento de Guadalajara, á rendir, al que fué eminente ciudadano, un tributo de cumplida admiración. Y á esas pruebas se añaden otras mayores: la expedición del decreto legislativo que declaró al Sr. Cotilla, el mismo día de su muerte, benemérito del Estado, y que ordenó la guarda de tres días de luto por aquel triste acontecimiento; el acuerdo tomado por el Ayuntamiento el propio día 28, disponiendo que, “como un justo tributo al mérito de quien ocupó su vida y fortuna en la instrucción de la juventud, fuese día de luto para la Municipalidad el siguiente,” y que se mandaran hacer retratos del mismo benemérito para que fueran colocados en la Tesorería y la Secretaría de ese Cuerpo y en cada uno de los salones de las escuelas municipales; la extensión dada al primero de esos dos acuerdos, teniendo aquí por día de duelo cada aniversario de la desaparición del gran propagandista; después, la erección hecha, dos años há, de una lápida conmemorativa en el muro exterior de la casa en que nació el Sr. Cotilla; el pensamiento que tiene el Ejecutivo del Estado de elegir de entre todos nuestros hombres ilustres, esta bellísima figura para que en estatua vaya á ostentarse en el paseo de la Reforma, en la capital de la República; y por último, callando otros muchos testimonios, como el que en la actualidad se da con haberse solicitado que se escri-

biera otra vez más la vida del ilustre sugeto que nos ocupa, con el fin de que sus altos hechos sean conocidos detalladamente por la niñez, que le tiene por patriarca de su dinastía espiritual.

Bastaría para hacer el retrato moral del Sr. Cotilla, ir observando las diversas manifestaciones de su sér interno, las cuales se presentan modeladas en los hechos de su admirable existencia; pero sus contemporáneos, queriendo evitarnos ese trabajo á los pósteros, al par que hacer la debida justicia á las eminentes cualidades individuales que le adornaban, nos le han descrito en estos rasgos, del parecido de los cuales rasgos asegura no sólo el conocimiento íntimo que resulta del exámen de los actos biográficos, sí que también del testimonio de su mejor amigo, de uno de los dos depositarios de su última voluntad: “Era de un carácter en la apariencia severo; pero de un trato excelente y humano. Sus pasiones, si las tuvo, jamás se le conocieron, no las dió á manifestar; así que todo indica que ha vivido como un hombre justo. Esto se confirma de una manera satisfactoria, si se recuerdan las grandes virtudes que poseía. Era hombre caritativo sin ostentación, humano por carácter, religioso por sentimiento, y modelo de honradez y de sinceridad, porque Dios le había creado para ejemplo de sus semejantes.” (54) Aun después de su muerte, los sucesos han venido á robustecer la exactitud de esos juicios, al menos en cuanto á su gran caridad y á la profundísima humildad que le adornaban: todos sus bienes, con excepción de una corta renta vitalicia que los albaceas autorizados señalaron á la antigua sirvienta de su amigo, se invirtieron en obras de beneficencia, según había dispuesto el testador, y sobre su tumba se ha inscripto, para humillación de la soberbia humana, y mayor gloria del que yace allí,—este cristiano epitafio que él mismo dejó escrito, expresando por qué deseaba que su cadáver fuera sepultado en la tierra: “Los restos mortales de un pecador arrepentido esperan aquí la resurrección de la carne.”

Todavía dos últimos rasgos característicos del Sr. Cotilla: según su biógrafo el Sr. Mallén, era, aquel ilustre benefactor, sumamente mi-



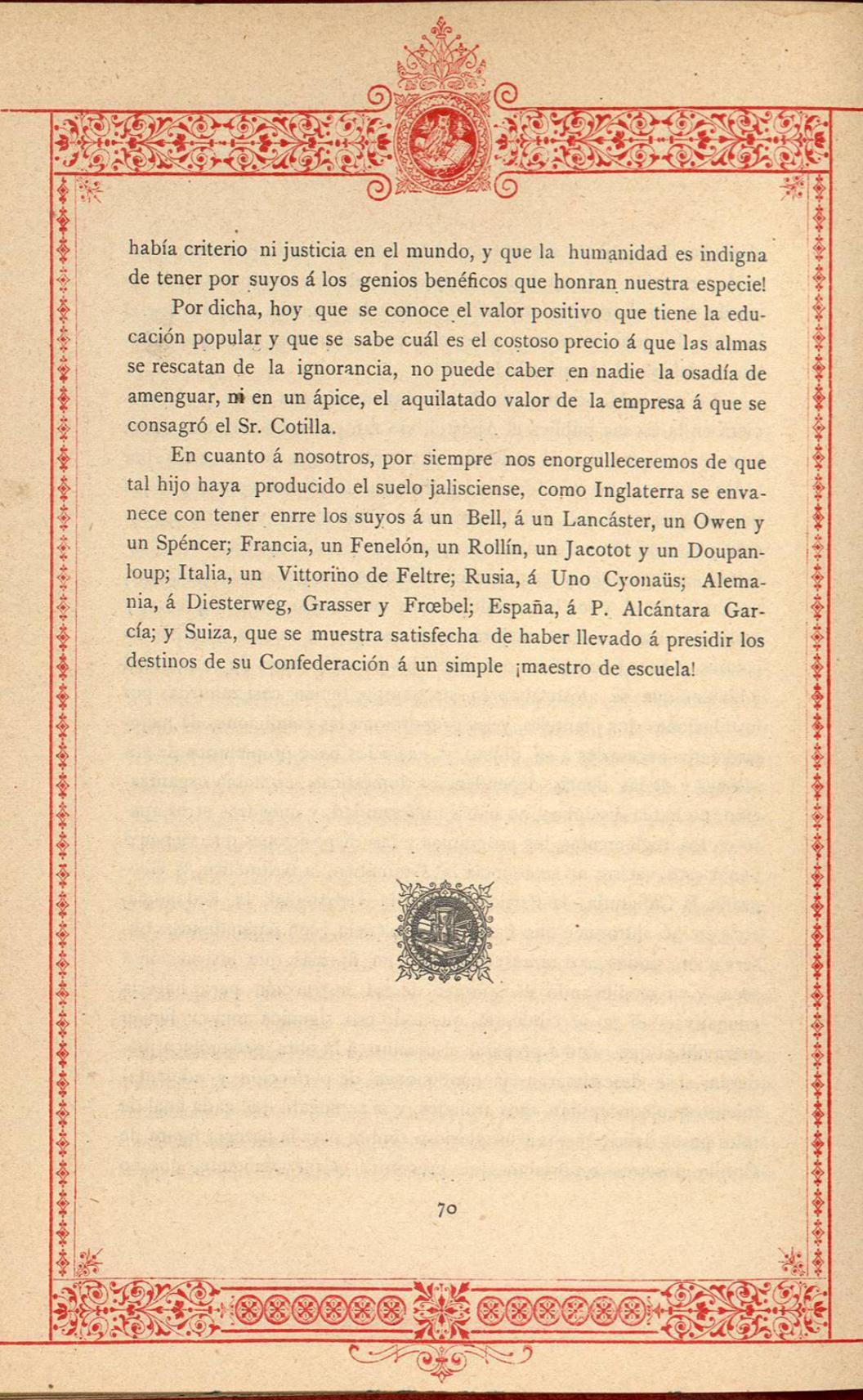
nucioso: "aun en los asuntos más serios lo llevaba todo hasta los más pequeños detalles. Era curioso verlo ocupado en las bujerías y golosinas que deberían darse á los niños, por vía de premio, en los exámenes semestres de las escuelas, como si se tratara del caso más árduo é importante; pero al mismo tiempo, con tal sencillez, que parece le eran como naturales todos los asuntos relativos á la enseñanza. Estamos persuadidos, añade el biógrafo, que en mucho tiempo ni aun notó el mérito de su ministerio, pues que lo veía como un deber común á todos los ciudadanos, hasta que el público se lo comenzó á decir. Y así como á aquel conquistador romano, que en medio de la embriaguez que le producía lo ovación del triunfo, se le dijo por uno del pueblo: "¡acuérdate que eres hombre!" á Cotilla se le pudo decir: "¡acuérdate que eres bienhechor!"

¡Bienhechor, sí! exclamamos á nuestra vez, penetrados de la justicia con que fué acreedor á ese calificativo. Narrados quedan en las páginas precedentes, los mil y mil acontecimientos que vienen á la demostración de ese título. El desinterés acrisolado y las miras regeneradoras del Sr. Cotilla se presentan en nuestra Historia como la encarnación de un patriotismo no manchado con los grumos bermejos de la sangre fraternal, sino tan límpido, puro y diáfano, que deja transparentar en todos sus hechos la nitidez de una conciencia llena de virginidades infantiles y de pensamientos en que se aunan lo inocente y lo grandioso; sér extraordinario que realizó el ideal de los educadores vocativos, siendo niño para los niños; comprendiendo, por medio de las simpatías que á ellos le ligaban, todas las necesidades de los pequeñuelos y procurando prevenirlas de modo que no fuera para ellos la instrucción motivo de llanto, como lo querían los antiguos doctrinarios, sino manantial parlero que convidaba á las almas á sumergirse en sus gratas ondas; fuente encantada que daría á los que en ella se bañaran, invulnerabilidad para arrostrar los mortales azares de la vida, sin que hicieran mella alguna en el individuo así ilustrado, los golpes que aplanan al ignorante; talismán con la protección del cual podría



el educando arrojarle sin temores entre las sirtes de lo porvenir, seguro de vencerlas y de no hallar, después de dejarlas traspuestas, la cerrazón de un horizonte sombrío; y sí luz, luz, mucha luz, la que el hombre de genio necesita y pide todavía en el postrer grito que exhalan sus labios, al escapársele la vida!

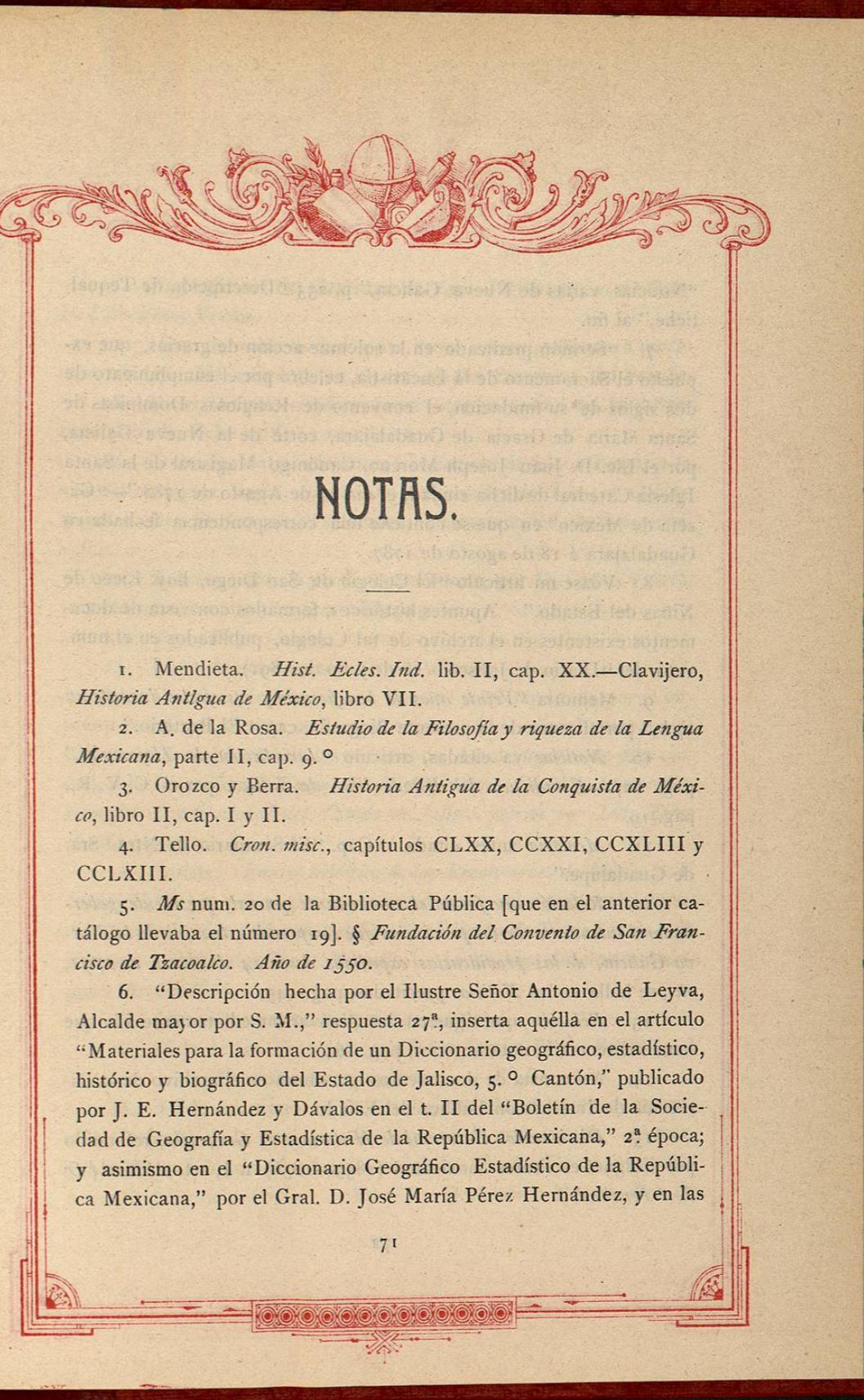
Lo que había en materia de enseñanza primaria antes que apareciera en la escena pública el Apóstol, era tan poco, que era casi nada; pero se presenta él, y al poder de su aliento surgen las escuelas por todas partes, como miriadas de estrellas que irradiaran con los reflejos que les presta el sol; faltaban maestros y los forma, y les da emulación y se empeña en dignificarlos para que puedan ejercitar benéfica-mente sus funciones, y les proporciona habitación y sustento suficiente; no había libros, y los hace multiplicarse por medio de la imprenta, y sustituye unos con otros, mejorándolos siempre; se carecía de útiles escolares, y hace fabricarlos conforme á las prescripciones de comodidad é higiene que se alcanzaban en su tiempo; tenían casi zahurdas por instalaciones los planteles, y les proporciona las condiciones de mejoramiento necesarias á su objeto, y hasta los hace propietarios de sus salones y de las demás dependencias domésticas; no había organización, no había disciplina, no había uniformidad, y unos tras otros aparecen los reglamentos, los programas y las disposiciones que vienen á llenar esos vacíos; no se conocía la Gramática, la Aritmética, la Geografía, la Caligrafía, la Partida Doble, la Urbanidad, la Pedagogía, etc., etc., é introduce uno á uno en la escuela, con parsimoniosa observación, todos esos ramos; no había, en fin más que instrucción á secas y va modificando el caracter de esa instrucción para hacerla educativa. Si no se confesara que todo eso significa una evolución maravillosa que vino á preparar el camino á la obra pedagógica moderna; si se desestimaran las condiciones de perfección y adelantamiento que conceptúan esos trabajos, y si se negara que cada cual de tales pasos debe constituir un glorioso timbre para la egregia figura de Cotilla ¡nosotros tendríamos que preconizar esforzadamente, que no



había criterio ni justicia en el mundo, y que la humanidad es indigna de tener por suyos á los genios benéficos que honran nuestra especie!

Por dicha, hoy que se conoce el valor positivo que tiene la educación popular y que se sabe cuál es el costoso precio á que las almas se rescatan de la ignorancia, no puede haber en nadie la osadía de amenguar, ni en un ápice, el aquilatado valor de la empresa á que se consagró el Sr. Cotilla.

En cuanto á nosotros, por siempre nos enorgulleceremos de que tal hijo haya producido el suelo jalisciense, como Inglaterra se envanece con tener entre los suyos á un Bell, á un Lancáster, un Owen y un Spéncer; Francia, un Fenelón, un Rollín, un Jacotot y un Doupanloup; Italia, un Vittorino de Feltre; Rusia, á Uno Cyonaüs; Alemania, á Diesterweg, Grasser y Fröbel; España, á P. Alcántara García; y Suiza, que se muestra satisfecha de haber llevado á presidir los destinos de su Confederación á un simple ¡maestro de escuela!



NOTAS.

1. Mendieta. *Hist. Ecles. Ind.* lib. II, cap. XX.—Clavijero, *Historia Antigua de México*, libro VII.
2. A. de la Rosa. *Estudio de la Filosofía y riqueza de la Lengua Mexicana*, parte II, cap. 9.º
3. Orozco y Berra. *Historia Antigua de la Conquista de México*, libro II, cap. I y II.
4. Tello. *Cron. misc.*, capítulos CLXX, CCXXI, CCXLIII y CCLXIII.
5. Ms num. 20 de la Biblioteca Pública [que en el anterior catálogo llevaba el número 19]. § *Fundación del Convento de San Francisco de Tzacoalco. Año de 1550.*
6. "Descripción hecha por el Ilustre Señor Antonio de Leyva, Alcalde mayor por S. M.," respuesta 27ª, inserta aquélla en el artículo "Materiales para la formación de un Diccionario geográfico, estadístico, histórico y biográfico del Estado de Jalisco, 5.º Cantón," publicado por J. E. Hernández y Dávalos en el t. II del "Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana," 2ª época; y asimismo en el "Diccionario Geográfico Estadístico de la República Mexicana," por el Gral. D. José María Pérez Hernández, y en las